

Los libros en Europa

Dictamen sobre Dios, José Antonio Marina, Anagrama. Barcelona, 2001.

El autor del presente libro, que como bien indica su título, trata de Dios, de religiones y creencias, se define como persona que no tiene un temperamento religioso. Dice que «ama la claridad y sospecha de lo numenoso». Dice también que «la proliferación de religiones le abruma, que las torturadas teologías le aburren y que las mezclas espiritistas, lo mismo que las espirituosas, le marean sin extasiarle». ¿Qué le ha movido a este vitalista y estimulante filósofo a llevar a cabo un dictamen sobre Dios? Le ha movilizado su deseo de investigar una de las más problemáticas creaciones humanas: la religión. Y lo ha hecho desde su propio campo de investigación: la inteligencia.

«Esta investigación –señala Marina al referirse a su trabajo– trata sobre la inteligencia poética, creadora, que inventa, en este caso, religiones y dioses». Y en sus páginas desciende a datos concretos: dos mil años antes de nuestra era, los babilónicos contabilizaron hasta dos mil dioses; el sintoísmo japonés admite 800.000 seres divinos y en la cultura hindú se veneran 330 millones de dioses. «Una fantástica renta divina per cápita», comenta el autor.

Además esta proliferación no se para en la antigüedad, sigue a través de los siglos con diferentes reformas y recreaciones, ortodoxias y heterodoxias, hasta llegar a los tiempos más recientes en los que han aparecido cuarenta mil nuevos movimientos religiosos.

Existe una profunda razón para tanta fecundidad, que queda patente en el contenido del libro, y es que al ser las religiones algo que compromete a la conciencia individual, los individuos han sido muy celosos en defender sus propias creencias, lo que ha acabado dinamitando los dogmatismos colectivos, para acabar imponiendo los dogmatismos personales.

Marina, como ya hemos apuntado, observa las religiones como productos de la inteligencia creadora, obras de su invención, y compara la historia de las religiones con la historia de las formas artísticas, ya que una y otra delatan una aspiración sin fin. «El ser humano –afirma– no se ha contentado con construir un techo sobre su cabeza. Ha inventado arcos, bóvedas, cúpulas, mil modos de hacer una casa, y mil modos de deshacerla».

En su *Dictamen sobre Dios*, el filósofo que en más de una ocasión se ha definido como un lingüista utilitario, llega a dos conclusiones

claras y prácticas: que las religiones deben someterse a un marco ético y que precisan de una buena poda iconoclasta. Entiende que la ética es la gran creación de la dignidad humana; el esfuerzo de la inteligencia por apartarse de la selva, por inventar modos de vida estimulantes, justos y alegres. En cuanto a la poda iconoclasta, supone que llegaremos a ver la aparición de unas «religiones de segunda generación», es decir, las mismas que hay ahora pero purificadas de adherencias.

Isabel de Armas

Antonio Machado. Prosas dispersas (1893-1936), Edición de Jordi Doménech, Editorial Páginas de Espuma, Madrid, 2001, 890 pp.

Toda crítica bibliográfica es un balance entre el debe de los desaciertos y el haber de los logros. En este caso, me confieso juez y parte, pues en diversas ocasiones me he acercado a la obra y biografía de los Machado literatos como zahorí de nuevos textos.

La recopilación de Jordi Doménech es importante, pues en sí misma constituye el conjunto de un área específica del quehacer del Antonio Machado escritor no sepa-

rada de su actividad como poeta y librepensador.

En este sentido, la consideración independiente del bloque de artículos poco recordados —muy interesantes los satírico-costumbristas de *La Caricatura*, que son un modelo de prosa— cartas privadas, semblanzas, textos de carácter administrativo e, incluso simples notas, participan de esa naturaleza fronteriza entre lo biográfico y lo artístico, que es muy reveladora para todo el que desee explorar determinados sectores del alma del poeta. En otro sentido esta recopilación, también puede ser entendida como un eje maestro de actitudes, hechos y personas en torno al que giró una parte relevante de la vida cultural previa a la guerra civil.

El carácter aforístico, y por lo tanto fragmentario, de la última etapa de la creación machadiana, me refiero a obras tan complejas y atractivas como *Juan de Mairena* o *Los Complementarios*, avala la empresa de caza, captura y análisis de textos que pueden dar idea de lo que fue el taller literario de Antonio Machado.

La aportación de novedades de Jordi Doménech a su bibliografía es considerable. Afirma que, de los 265 escritos presentados, 72 nunca habían sido publicados en ediciones del autor. Las tres cuartas partes del total son epistolario.

Sobre el criterio de recogida hay que apuntar —y al mismo tiempo

lamentar— que el teatro de Antonio y Manuel sea excluido de las recopilaciones realizadas con intención exhaustiva, y que también queden sueltos algunos flecos, como los ocho cuadernos de notas que permanecen bajo custodia de la Institución Fernán González, de Burgos, que sistemáticamente rehúsa el permiso de publicación. Tampoco hemos vuelto a saber del resultado de las gestiones del exvicepresidente del gobierno español, don Alfonso Guerra, que hace años manifestó estar cerca de localizar el famoso maletín conteniendo ciertos apuntes que Antonio Machado perdió en su huida hacia su breve exilio en Coullioure.

Esperemos que quienes poseen textos desconocidos sean consecuentes con aquel bello y breve pensamiento donde nos advertía que la moneda del alma se pierde si no se da. El poeta la distribuyó con creces a todos sus lectores, y la verdad es que estas demoras, a mi entender injustificadas, y la expectación mantenida desde tanto tiempo atrás terminan por aburrir a cualquiera.

Aunque carezcamos de una edición comentada de los dramas machadianos, de la afición de Antonio por la escena deja constancia Rafael Alarcón Sierra en un epígrafe de su amplia introducción y, además de algunas composiciones de tema teatral, se publican incluso, una entrevista con Ángel Lázaro

con motivo del estreno de *La Prima Fernanda*.

El aparato de notas presentado por el editor cumple con su cometido: aclaran y precisan. El trabajo realizado es enorme. Pero la abundancia de letra menuda en un tomo tan grueso no siempre facilita la lectura, aunque su contenido sea preciso e informativo. Tanto así, que este libro también ofrece una gran cantidad de referencias onomásticas que deberían ser consultadas con más facilidad. El índice del final acusa desconexiones con las notas a pie de página. Para el investigador o el curioso lector, el acceso directo a los nombres debería ser inmediato. Muchas veces sólo se desea confirmar una fecha, dato o un título. Si el resultado se obtiene con agilidad, a veces la consulta ya no interesa. Lo que puede hacer desmerecer la calidad de la edición. Que la tiene.

De igual modo, hubiera sido muy de agradecer la elaboración de diversos cuadros sinópticos que hubieran ordenado según criterios diferentes lo heterogéneo de los textos. Aquí sí que cabe decir que los árboles impiden hacernos una idea acerca del bosque. Y también hubiese sido útil poner en forma de esquema la relación con la obra en formato de libro. Una adición de páginas hubiera dado lugar a un tomo demasiado grueso pero, quizá, hubiera sido mejor dividirlo en otros dos más finos y manejables.

Una ausencia he notado: dos cortos textos machadianos publicados en el número 538 de *Cuadernos Hispanoamericanos*, en 1995. Uno para conmemorar el centenario del drama *Hernani*, de Víctor Hugo, publicado por *La Farsa*, y otro que apareció en un cuaderno titulado *Literatura, Música, Poesía*, de los que sacaba en Valencia la editorial Estudios, con cubiertas constructivistas diseñadas por Renau. No es casualidad que quien firmaba aquel artículo firme también esta reseña. Pero sobre las prosas de Antonio Machado habrá que volver en otra ocasión. Y que sea pronto.

Luis Estepa

Platón. En búsqueda de la sabiduría secreta, Giovanni Reale, traducción de Roberto Heraldo Bernet, Herder, Barcelona, 2001, 371 pp.

En algún momento del siglo quinto antes de Cristo, unos griegos decidieron que era mejor escribir que transmitir oralmente el saber. Fue un instante decisivo en la historia occidental, pues cambió la calidad del discurso sapiente, al otorgarle la aparente fijeza del signo escrito. Se dice que hasta Sócrates el predominio de lo oral fue claro y que, a partir de Platón, se registra el

cambio. También se dice que Platón se desembaraza de la poesía y del mito, para adentrarse en el lenguaje técnico de la filosofía.

Reale acepta, critica y matiza estas categorías, sobre todo a partir de los reconocidos estudios del helenista Havelock. Platón, en efecto, escribe y tuerce, en ese sentido, la tradición socrática. Pero, a la vez, sostiene que lo escrito nada vale si no se imprime en el alma del lector, si la información consolidada no es, además, cultura, como diríamos hoy. Por ello revaloriza la palabra viva porque, justamente, está viva y no cosificada en la escritura.

Algo similar ocurre con los otros dos elementos. Platón vindica la poesía, tanto que inventa el poema filosófico, dramáticamente articulado en diálogo, propiciando una tarea que tendrá larga secuela en las literaturas de Occidente. Algo similar ocurre con el mito, que no se opone ya al *logos*, sino que actúa dialécticamente en una suerte de sinergia con él, como explica Reale.

Lo que el ensayista italiano sugiere y establece es que la herencia platónica es una síntesis entre pensamiento abstracto, dicción poética y trámite narrativo, de modo que la filosofía y la literatura no funcionen desvinculadas y en departamentos especializados. La ciencia no está reñida con las letras, pues el lenguaje administra sus poderes significantes en una y en las otras. Una vasta bibliografía y una especie de